

Tres antecedentes heroicos del personalismo en la mitología: Temístocles, Guillermo Tell y Jean Valjean

JOSEP FRANCESC SANMARTÍN CAVA

*Departamento de Escultura
Universitat Politècnica de València*

Resumen: Es frecuente considerar que muchos de los rasgos morales y sociales contemporáneos son, en gran medida, genuinos de nuestro tiempo. Por ejemplo, los conceptos de democracia o compromiso social, muchas veces parecen fruto exclusivo de los sucesos acaecidos gracias al pensamiento ilustrado, la Revolución Francesa, la Guerra de Independencia y los posteriores movimientos sociales. En este sentido, la idea de que un grupo de personas pueda llegar a autoorganizarse en torno a una idea de libertad parece más propia de las luchas de clases de la contemporaneidad que de otros momentos del pasado. Sin embargo, el mito cuenta con numerosas representaciones que permiten contemplar importantes precedentes de los valores democráticos y de una búsqueda de dignidad para la persona, desde el origen mismo de la palabra escrita. Son apreciables los referentes heroicos que señalan un principio temprano en la historia cuyos relatos permiten comprender una parte de las motivaciones en torno a la idea de libertad que forman parte de las narrativas contemporáneas. En este capítulo se van a estudiar tres ejemplos destacados de la mitología para comprender cómo el personalismo filmico cuenta con un sustrato mítico e histórico que sitúa la dignidad de la persona, no como un fenómeno reciente, sino como un rasgo consustancial del mismo. En concreto, estudiaremos las figuras de Temístocles, Guillermo Tell y Jean Valjean.

1. INTRODUCCIÓN

Como muestran autores como Tocqueville en su obra *El Antiguo Régimen* (Tocqueville, 2018), o Ignacio Álvarez Borge en su magnífico libro *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media* (Álvarez, 2013) o Plutarco en sus *Vidas paralelas* (Plutarco, 2009), el concepto de autoorganización en torno a una idea de libertad no es exclusivo de la contemporaneidad. Incluso en la misma esencia del héroe está arraigada la concepción de libertad en favor a la dignidad de la existencia, al menos, desde el periodo clásico. Ciertamente es que, desde la Edad Antigua, los poderes hegemónicos han estado amparados por una cultura con un componente institucional mayoritario. Ya desde el mismo origen de la tragedia, en la Atenas de Pisístrato (607-527 a. C.), la convivencia social de la tiranía se trató de armonizar a través de la dramaturgia. De este modo, los considerados padres del teatro, Esquilo, Sófocles y Eurípides, competían con sus representaciones teatrales en un orden institucional que pretendía relajar las tensiones entre la nobleza y las clases bajas (Esquilo y Rodríguez, 2010). Sin embargo, en el 508 a. C., triunfará la democracia y, con ello, surgirán los primeros héroes demócratas de la historia que han nutrido la mitología, permitiendo el surgimiento de los primeros antecedentes de un personalismo incipiente.

Tal como estudiaremos en este capítulo, sería erróneo considerar que los conceptos de libertad, de sentido comunitario y de autoorganización son propios de nuestro tiempo. Atenas es un ejemplo de ello y, aunque se puede criticar la exclusividad del ejercicio democrático, en base al machismo, el nacionalismo y la esclavitud existente en la polis; en esencia, esos mismos defectos siguen presentes en la mayoría de las sociedades contemporáneas. De hecho, en el marco de la globalización resulta hipócrita adoptar una postura superior e inocente al respecto, cuando la comodidad del primer mundo se asienta en privilegios similares a los de los atenienses. Se han sustituido los muros de piedra por concertinas, alejado las fronteras, actualizado el despojo y excusado toda suerte de clasismo, fobia y abuso internacional mediante distintas posturas diplomáticas *ad hoc*. Y eso, desde luego, no nos hace mejores que los helenos. Al menos, antes de la democracia, los atenienses solo conocían la tiranía —así se denominaba a la monarquía—, y una vez puesta en práctica su idea de libertad y de autoorganización, esto supuso un avance político y social sin precedentes para la región. Las poblaciones de los países ricos en la actualidad no podemos decir lo mismo, más cuando nos vanagloriamos de ser, no solo la vanguardia económica, sino también la intelectual. Mientras que la idea de libertad helena estaba a la vanguardia política y cultural de la civilización, en la actualidad no se ha hecho nada para superar ni las contradicciones griegas ni las contemporáneas,

permitiendo la tiranía de una jerarquía económica global sobre la que se desarrollan las sociedades de consumo. En cualquier caso, tal como señala Bauman (2000), conviene recordar que hoy en día también se da la esclavitud, el despojo y la exclusión de la sociedad dentro de las fronteras del primer mundo.

Partiendo de esta aclaración, que de manera resumida pretende superar ligeramente la polémica que la cuestión de la democracia suele despertar cuando se presentan posibilidades distintas a las que uno cree conocer y disfrutar, podemos continuar. Partiendo de esta premisa, este texto pretende focalizarse en las virtudes de una parte de los esfuerzos que a lo largo de la historia se han dado en torno a los conceptos de libertad y de dignidad de la persona, dejando de lado cualquier postura escéptica que permita justificar la inacción. Precisamente, el personalismo trata de esto. Y es aquí donde de manera filosófica conecta con la mitología y con un tipo de representación heroica acorde con una postura proactiva respecto a la mejora de las condiciones de vida en un sentido altruista y cooperativo. De facto, uno de los principales fundadores del personalismo fílmico, Frank Capra, produjo una extensa filmografía con estas características, impelido por las necesidades sociales e históricas de las que fue testigo y de las que se hizo cargo cuando fue exhortado a ello (Peris y Sanmartín, p. 240)¹. Lo hizo con su cine, en una época durante la cual la industria participó de esto, durante lo que se continúan considerando como los *años dorados* de Hollywood (1910-1960).

2. TEMÍSTOCLES

Un primer ejemplo de esta investigación lo encontramos en el periodo clásico, cuando en Grecia, un héroe como Temístocles (525 - 460 a. C.), logró defender la ciudad-estado frente a los persas, sacrificándose por el interés popular.

Probablemente este sea uno de los héroes más desconocidos; sin embargo, su recuerdo sigue vivo desde que su historia fuera registrada por autores como Plutarco (Plutarco, 2009, pp. 307-349) y Diodoro (Diodoro, 2001). Recientemente, en 2014, el héroe protagonizó una película dirigida al gran pú-

1 Según parece, durante una convalecencia en su domicilio, se acercó un hombre a Capra y le llamó cobarde. La razón era que mientras Hitler arengaba a millones en defensa del fascismo a través de la radio, el cineasta podía hablar a cientos de millones en favor de la humanidad, pero no lo hacía, a pesar de tener los medios cinematográficos necesarios. Este acontecimiento marcó para siempre la carrera de Frank Capra, iniciando lo que se conoce hoy como personalismo fílmico (Capra, 1997: p.176).

blico que no logró demasiada notoriedad: *300: Rise of an Empire* (2014). Más tarde, las hazañas de este político y general también fueron immortalizadas por Frank Miller en su novela gráfica titulada *Xerxes: La caída de la Casa de Darío y el ascenso de Alejandro* (Miller, 2019), continuando el éxito de la franquicia que logró uno de sus mayores éxitos con la película *300* (2007). Cabe señalar que, en la producción de esta primera entrega, dirigida por Zack Snyder, colaboró el guionista y dibujante de comics, imprimiendo un estilo del que adolecía el filme posterior.

En cualquier caso, a nivel histórico y en lo que se refiere a este capítulo, la diferencia más notoria entre Leónidas y Temístocles es que el primero defendía la tiranía, la monarquía militarista de Esparta, mientras que Temístocles era un general al servicio del pueblo y de la democracia ateniense.

Es cuanto menos significativo que al héroe heleno no se le recuerde tanto por su persona como por la batalla que comandó, tan espectacular o más que la del rey espartano, en la que además de la fuerza y la obstinación se puso en juego la inteligencia. Se trata nada menos que de la batalla de Salamina (480 a. c.), una contienda marítima decisiva que supuso la derrota definitiva de Jerjes I (519-465 a. C.).

Según relata el dramaturgo Esquilo, otro de los grandes héroes atenienses que combatió en la batalla naval, la ciudad-estado contaba con 310 trirremes frente a los 1100 de los persas (Esquilo, 472 a. C.). Y, a pesar de las circunstancias, los griegos ganaron gracias a la estrategia y a su disposición a sacrificar la ciudad poniendo en riesgo al pueblo ateniense, refugiado en la isla de Salamina, al alcance de la flota persa. Asimismo, cuando a Jerjes todavía le era posible vencer contratacando con su ingente ejército, en un acto de audacia estratégica, Aristides y Temístocles decidieron enviar un emisario al gran rey avisándole de un inminente ataque por su parte, atravesando el puente de balsas que unía la isla con la península, cuando bien podrían haberlo cortado para refugiarse en Salamina. La treta funcionó y Jerjes huyó, significando el punto de inflexión de la segunda guerra médica en favor de los helenos.

Lo significativo de este hito bélico es que es uno de los pocos ejemplos de la historia en que el pueblo pudo decidir si combatir o no, las condiciones de la batalla y quienes comandarían la flota. De hecho, una de las claves de la contienda era abandonar Atenas al saqueo persa, permitiendo orquestrar la batalla naval al tiempo que el pueblo ateniense se refugiaba en Salamina, incluyendo mujeres, niños y esclavos. Este sacrificio, sumado a una misiva enviada al rey Jerjes avisándole del pánico y de la desorganización del pueblo heleno, permitió que el rey persa se confiara y enviara su flota de manera imprudente y sin estrategia

frente al bien organizado ejército ateniense, que pudo acechar a las naves persas aprovechando la geografía que ofrecían los estrechos de Salamina.

El resto es historia, pero el resultado podía haber sido diferente si en vez de decidir el pueblo lo hubieran hecho los ciudadanos más poderosos de Atenas. Para la mayoría de ellos, grandes familias descendientes de un pasado aristocrático, era preferible entregar la ciudad a Jerjes I que sacrificar sus riquezas, poniendo en riesgo su estatus social. De facto, para muchos la invasión suponía una oportunidad para recuperar el poder tiránico que habían perdido con la democracia, lo que lograrían finalmente con la ayuda de los espartanos en tiempos de Pericles (495 - 429 a. C.), quienes no dudaron en aliarse con los persas en su ofensiva contra la polis ateniense.

Frente a la oposición de las grandes familias, Temístocles convenció al pueblo aduciendo una célebre argumentación en respuesta a Euribíades.

(...) nosotros hemos abandonado nuestras casas y nuestras murallas, porque no hemos creído que por unas cosas sin sentido debíamos sujetarnos a la servidumbre; pero aun así poseemos la ciudad más poderosa de Grecia, que son doscientas galeras. (...) Bien pronto sabrán los griegos que los atenienses son dueños de una ciudad libre y de un país en nada inferior al que han dejado. (Plutarco, 2009, p. 324)

La importancia de este hecho histórico revela, por un lado, los conflictos existentes entre el poder, el capital y la democracia, un asunto tratado por el personalismo filmico en numeras obras. Por otro, se puede observar un hito histórico en la configuración del concepto de pueblo que no tiene que ver con la propiedad sino con la identidad y con un orden institucional. Este es un concepto que comienza a desarrollarse en el periodo axial para dar respuesta, precisamente, a la crisis de legitimidad de las monarquías y de las sociedades sacerdotales arcaicas (Jaspers, 1980). Esto permitió, por ejemplo, el estatuto religioso del pueblo hebreo y el auge de las religiones abrahámicas, el surgimiento del budismo y del confucianismo, que de manera sucesiva influyeron y definieron a una gran parte de las sociedades que se refundaron de oriente a occidente. En Atenas, esto se da con un carácter laico, muy próximo a las concepciones populares contemporáneas. Al fin y al cabo, la argumentación de Temístocles se reduce a la constatación de que el pueblo son las “personas” y no las cosas que poseen y les poseen, lo que conecta con las crisis de identidad resultado de los conflictos entre el pensamiento democrático y las sociedades de consumo contemporáneas.

Esta afirmación realizada por el héroe heleno, amparada por el hecho histórico registrado, permite reivindicar la idea de progreso aparejada a la dignidad

de la persona, que siempre va a encontrar la oposición de aquellos que quieran imponer su autoridad incluso en democracia. De hecho, las grandes familias griegas conspiraron contra Temístocles hasta que fue condenado al ostracismo y expulsado de Atenas, sobre todo a partir del momento en que este decidió desarrollar una estrategia en oposición a Esparta, comprendiendo que era una amenaza para la democracia de la ciudad-estado. Y no se equivocaba, tiempo más tarde los espartanos se aliaron con los persas y lograron someter a los atenienses. Temístocles, había fallecido cuando sucedió este hecho; paradójicamente, bajo la protección del rey Artajerjes I. Según Plutarco, Temístocles ingirió veneno cuando fue requerido por el gran rey para que le ayudara a combatir a los helenos (Plutarco, 2009, pp. 347-349).

Se sabe que Temístocles, a pesar de la persecución, del ostracismo y de las injurias, nunca traicionó al pueblo ateniense, ni siquiera cuando se encontró bajo la protección de los persas, quienes siempre vieron en él a un gran hombre (Diodoro, XI. P. 58)².

Este relato muestra un rasgo destacado del personalismo, el autosacrificio por los demás, la búsqueda de la dignidad de las personas, aunque suponga una pérdida de bienestar para el héroe. Esta es una de las características clave del personalismo, que conlleva que, en el éxito de la gesta, lo habitual es que el héroe pueda ser castigado por el poder establecido. Pero a diferencia del pesimismo presente en otras corrientes narrativas similares, como sucede con el realismo o el naturalismo, en el personalismo el héroe nunca se siente derrotado, porque hay virtud en la resistencia y su motivación es absolutamente moral. Eso no significa que el héroe no sufra; sin embargo, está dispuesto a pagar el precio, y esa es parte de la victoria.

Conviene señalar, en relación con Temístocles, que su referente es uno de los más próximos a la narrativa contemporánea, en tanto que su marco de desarrollo es la misma democracia. Por ende, su relato nos avisa de la estrecha relación del personalismo con este tipo de autoorganización sociopolítica, la cual debe bascular entre la libertad de la persona, la solidaridad (igualdad) y la cooperación (fraternidad). Por tanto, cuando en la balanza se coloca el egoísmo y la insolidaridad junto a la idea de libertad es la corrupción y el autoritarismo lo que dobla cualquier propósito democrático y social.

2 La condena y persecución de Temístocles avisa de los peligros de la corrupción y la influencia que puede llegar a manipular la opinión pública. No solo los persas vieron en Temístocles un gran héroe –como el mismo Plutarco citado en este texto–, sino muchos otros pensadores e historiadores como Diodoro. De este modo reflexiona el autor: «Por este motivo, uno puede quedar ciertamente asombrado de que los atenienses estuvieran deseosos de verse libres de un hombre tan genial».

3. GUILLERMO TELL

Necesitamos saltar varios siglos para encontrar un héroe que pueda inscribirse en el personalismo de manera tan coherente, tanto como lo permitía Temístocles; eso sin mencionar, claro está, a otros héroes contemporáneos al ateniense, entre los que destaca Pericles.

Es cierto que podemos encontrar héroes cuyos rasgos remitan al personalismo en un sentido similar a la idea de la organización de las personas en torno a una idea de libertad. Ejemplos de ello los podemos hallar en héroes como Viriato (Gil, 2020) o Vercingétorix, quienes como Temístocles se erigieron en la lucha contra la tiranía, no por ostentar un cargo, sus riquezas o una posición de poder, sino por la elección de sus coetáneos (Muñiz, 2000). En particular, cabe destacar que lo que buscaron estos héroes no fue otra cosa que la dignidad de su pueblo, de las personas, de la defensa de un estilo de vida comunitario frente a las imposiciones y abusos de Roma.

En este sentido, la leyenda de Guillermo Tell sucede en similares circunstancias, situando el conflicto entre los helvéticos y los Habsburgo, debido a la constante vulneración de la integridad física, moral y económica a la que se veía sometida la antigua población suiza por la Casa de Austria.

Es cierto que, a diferencia de Temístocles, el personaje de Guillermo Tell no existió más que en la ficción. Sin embargo, su relato se inspira en el hecho histórico que dio origen a la fundación de los cantones suizos, cuando las tres comunidades de Uri, Schwyz y Unterwalden proclamaron su alianza en 1291 oponiéndose a la tiranía de los Habsburgo. Este hecho, que se retrata también en la novela de manera épica basándose en la leyenda conocida por el Rutlischwur, mitificó el pacto federal que proclamó la alianza perpetua de los tres cantones helvéticos originarios. Es por esta razón que el relato de Tell se considera uno de los mitos fundadores de la Suiza actual.

Regresando a la leyenda del ballestero, esta tiene su origen en varios relatos que se difundieron entre los siglos XIV y XV (Gorlée, 1987), desarrollando un drama en verso recogido en 1545 por Jacob Ruof, llamado *Wilhem Tell*. Dos siglos más tarde, Egidio Tschudi también se refiere al héroe en su *Chronicon Helvetium* (Tschudi, 1734). Desde entonces, han sido muchos los relatos sobre el héroe, entre los que destaca uno que resulta el más próximo al imaginario colectivo actual, el *Guillermo Tell* de Friedrich Von Schiller, publicado en 1804 (2015).

Según cuenta el mito, los Habsburgo, como soberanos del Sacro Imperio Romano Germánico, enviaron a Hermann Gessler junto a otros agentes judi-

ciales a gobernar los Waldstätten, los cantones primitivos. De este modo, pretendían someter las voluntades de los helvéticos al tiempo que asegurarían la recaudación para la Casa de Austria. En el castillo de Küssnacht, Gessler, antagonista de Guillermo Tell, construyó una fortaleza que sirvió para gobernar sobre Uri y Schwyz, así como para llevar a prisión a los díscolos.

Fue tan dura la represión de este tipo de agentes del gobierno que, 33 hombres representantes de las voluntades de los tres valles, encabezados por Werner Stauffacher, Walter Fürst y Arnold Melchtal, realizaron un juramento con el objetivo de liberar los cantones, para vivir o morir como hombres libres. Este hecho, retratado en el mito de Tell, es el que se suele confundir con el juramento real que dio origen a la joven Confederación.

Así consta la referencia al juramento histórico, el Pacto Federal o Bundesbrief, retratado por Jacques Le Goff:

El primero de agosto de 1291, los hombres del valle de Uri, la libre comunidad del valle de Schwyz y la asociación de los hombres del bajo valle de Nidwalden se juramentan en una liga perpetua, como muchas otras que había entre las comunidades urbanas o montañosas, contra la amenaza de los Habsburgo. Era difícil prever que éste iba a ser el núcleo fundador de una organización política original: la confederación helvética. (1970)

Así reza el juramento recogido en la novela de Von Schiller:

Por este resplandor, que nos saluda antes que a los demás pueblos, respirando con trabajo debajo de nosotros en la niebla de las ciudades, hagamos todos el juramento de la nueva alianza... Queremos ser un pueblo de hermanos inseparables, sea cualquiera la necesidad o el peligro que nos acometa. Queremos ser libres, como nuestros padres lo fueron, y antes morir que la esclavitud. Ponemos nuestra confianza en Dios Todopoderoso, y no tememos poder ninguno humano. (2015)

Este juramento es lo que da contexto a la novela, auspiciando la revuelta de campesinos que permitirá la fundación de la joven república, sirviendo de antecámara a la insurrección de Guillermo Tell. Pero, su particular revuelta, no sucedió de manera espontánea, sino que requirió del hostigamiento del gobernador de Altdorf.

En lo narrativo, este momento del relato ha pasado a formar parte de la historia del mito con valor noológico, arquetípico si se prefiere, inspirando a toda clase de relatos. Se trata nada menos que del episodio de la manzana, cuando Hermann Gessler obligó a Tell a acertar en el fruto depositado sobre la cabeza

de su hijo con un tiro de ballesta, como castigo al no inclinarse ante un sombrero instalado en una plaza que simbolizaba al soberano de la Casa de Habsburgo.

Habiendo cargado dos flechas en su ballesta, logró acertar con la primera en la manzana, tras lo que amenazó con disparar la segunda sobre el gobernador, lo que le llevó a ser apresado. Sin embargo, una tormenta permite que le liberen, cuando atravesando un lago se corre el riesgo de zozobra, siendo él el único capaz de salvar la nave y a sus captores, entre los que se encuentra el propio Gessler.

Finalmente, Guillermo Tell derrota al gobernador en unión a la revuelta de los pobladores de los valles, permitiendo la liberación de los cantones suizos.

Lo relevante del mito de Tell, en términos personalistas, es que la acción del héroe y de quienes protagonizan la revuelta se da en torno a la idea de la organización de los hombres libres de los valles suizos. Conviene recordar que, desde la caída del imperio romano, las escasas nociones democráticas helenas junto a exiguas prácticas asamblearias de las poblaciones descendientes de los celtas, los celtíberos y los pueblos nórdicos, se terminaron por extinguir en su mayoría. Y eso sucedió hasta casi llegados a la Baja Edad Media, cuando muchas de las poblaciones que mantenían a nivel local concejos y cierto autogobierno, en territorios que habían estado bajo protección de la Iglesia, acabaron bajo el dominio de los señores feudales, una vez la confesión vendió o cedió las tierras donde habitaban.

De todas estas comunidades locales organizadas en torno a su particular idea de la libertad, solo las suizas sobrevivirán, lo que contrastará en la modernidad con el auge de las monarquías absolutistas. Sin embargo, los suizos lograrán defenderse de las continuas ofensivas monárquicas de los Habsburgo y de otros países, que veían en los helvéticos una amenaza a su propia legitimidad. El resultado será que no sólo la Suiza republicana prevalecerá, sino que irá sumando nuevos cantones a la confederación conforme se desarrollen las ofensivas, hasta que finalmente sea reconocida su autonomía por el Sacro Imperio Romano Germánico.

Nos encontramos, por tanto, ante un relato que de nuevo sitúa la esencia de la leyenda en un hecho histórico que se fundamenta en la idea de la libertad de «los hombres» que poblaban los Eidgenossenschaft (Saint-Ouen, 2005), las comunidades de valles y ciudades (Le Goff, 1970), frente al autoritarismo monárquico. De hecho, en lo que se refiere a la dignidad esperada por quienes anhelan una vida libre y justa, la novela retrata varios momentos en donde lo que se dirime no es sólo una recaudación desproporcionada y un sometimiento político

exacerbado, sino los abusos infringidos en términos morales y físicos sobre las personas de manera gratuita. Es más, los acontecimientos que finalmente motivan la rebelión en la novela tienen un carácter más personal que institucional; lo que da cuenta, al menos en términos de mito, de la importancia que supone para la sociedad la dignidad en las relaciones interpersonales y de clase. Y es aquí donde el relato de Tell se vuelve más cercano a los intereses contemporáneos del personalismo que el relato de Temístocles, salvando las distancias históricas y míticas que han podido afectar al recuerdo del héroe heleno. En cualquier caso, es posible observar una ligera evolución narrativa que transfiere la cuestión de la dignidad a las instituciones, no sólo en un orden político, sino también en un sentido humanista. En otras palabras, el mito de Guillermo Tell revela el carácter inmoral que un sistema político puede llegar a ejercer con un carácter personal que raye en la crueldad, y cómo esto puede afectar a la sociedad incluso más que un sistema impositivo abusivo. Por tanto, volvemos a la cuestión de la dignidad de la persona, eje central del personalismo.

En cualquier caso, eso no significa que un sistema político pueda ser injusto con un carácter impersonal; y que de ser así la sociedad podría soportar cualquier forma de autoritarismo. Como veremos con el siguiente héroe, el autoritarismo, incluso con un carácter impersonal puede ser tan injusto o más que regímenes en donde las relaciones de poder puedan ser más estrechas.

4. JEAN VALJEAN

Tras el fin de la Edad Media y con el auge de la modernidad, serán las monarquías absolutistas las que establezcan, en principio, un orden social con un carácter más impersonal, despojando a la nobleza de parte del dominio que ejercían sobre la población, al institucionalizar el poder con carácter nacional. En este nuevo orden, donde el rey será quien concentre todo el poder, la dominación de la sociedad se volverá una cuestión de Estado, terminando así con las disputas feudales que suponían un riesgo contante para la estabilidad de los reinos y de la sociedad civil.

Sin embargo, no será suficiente, y muchos de los Estados se verán obligados a volverse constitucionales tras la Revolución Francesa (1789-1799) y la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1781), dando paso a la contemporaneidad. Esto llevará a los gobiernos a dotarse de mayores aparatos burocráticos en su administración del poder y de la justicia. Esta tendencia, que había prosperado en la modernidad, siendo una de las razones de la pérdida

de la legitimidad de la monarquía absolutista, requerirá, a inicios de la nueva Era, un tiempo de adaptación. Y es, precisamente, en este contexto, donde se da el relato de los *Miserables* (1862), la época entre la restauración borbónica (1814-1830) y la insurrección de junio de 1832 en París, que significará el advenimiento progresivo hacia la República Francesa en 1948.

La novela de Víctor Hugo retrata de manera magistral (2015), como en la transición que se dio desde la caída de Napoleón hasta la insurrección republicana en París, se confundía fácilmente la aplicación disciplinaria de la ley (Foucault, 2004, p. 54)³, con la justicia auspiciada por el humanismo ilustrado. Relata cómo, a pesar de la inevitable tendencia constitucionalista hacia una Francia libre y democrática, la misma ley se presentaba como un impedimento para el progreso hacia un verdadero contrato social justo.

Toda la novela es una metáfora de las dificultades sociales que supone la transición desde modelos autoritarios a otros mayormente democráticos, cuando aquellos que gozan del poder retrasan lo inevitable en un intento por conservar sus privilegios. De esta manera, la novela evidencia como toda transición necesita un final para que realmente se pueda aspirar a una auténtica renovación de la sociedad, la justicia y la democracia. Y cómo, de no hacerse, la corrupción, el autoritarismo y la inseguridad social pueden corroer una nación hasta poner en peligro su propio futuro y, en concreto, a las nuevas generaciones que puedan verse arrastradas por los pecados de sus mayores.

Es en estas circunstancias que el relato de Víctor Hugo presenta dos personajes antagonistas. De un lado tenemos a Jean Valjean, símbolo del pueblo francés, de las clases más bajas, condenado por robar pan, encarcelado durante años por la imposición de una pena desproporcionada y por sus constantes intentos de fuga. Él representa a la Francia de las clases bajas, oprimida, bajo sospecha, sometida al extraordinario peso de la ley, al control, sin ninguna oportunidad de redención, que sólo encuentra otra posibilidad del ser escapando de su propio pasado. Con una nueva identidad y gracias a la ayuda y al perdón simbólico del Monsieur Myriel, obispo de Digne, Valjean logra labrarse un camino dentro de la sociedad de la que antes estaba excluido, pasando a representar al francés trabajador, al burgués, símbolo de la nueva Era, capaz de dejar atrás un pasado oscuro con la mirada puesta en el futuro. Sin embargo, su presencia no casa bien con un sistema estatal caduco, heredero de una idea de la justicia anquilosada,

3 Foucault consideró que esta forma de ley se basaba en la soberanía del príncipe sobre la justicia. De forma más concreta el autor se refiere a esta de la siguiente manera: «la fuerza de la ley es la fuerza del príncipe».

de un pasado que sobrevive gracias a un sistema legal ajustado a las necesidades aristocráticas de la Restauración y de los sucesivos tránsitos monárquicos.

Del otro lado se encuentra Javert, un personaje frío y oscuro, símbolo de un control ciudadano exacerbada cuyo estatuto se basa en el cumplimiento de la ley, sin reflexionar en el sentido mismo de la justicia. Por ende, para el policía no existe la redención, y eso es lo que le lleva a perseguir sin tregua a Valjean, obviando lo injusto de su condena, para solo prestar atención a sus continuos intentos de fuga, a su reincidencia y su apariencia. Lo acosa sin descanso, incluso cuando cree descubrirlo tras la máscara del Sr. Magdalena. Poco le importa que sobre él descansen el bienestar de toda una ciudad, de una industria que da trabajo, de la ayuda que presta a cualquiera, de su pequeña familia en adopción. Para Javert, un criminal siempre lo es, aunque hubiera sido condenado por una mísera hogaza de pan, robada por la necesidad de alimentar a los suyos, que habitaban en la miseria, sin que el Estado se preocupara por ello, a pesar de su propósito constitucionalista y apariencia ilustrada. En consecuencia, a Javert no le importan las circunstancias del pueblo, ni el bienestar del reo ni otra cosa que no sea la aplicación de la ley. De este modo, el personaje representa dos aspectos que no se han terminado de resolver de manera satisfactoria en la mayoría de las sociedades democráticas actuales, perpetuando distintas formas de autoritarismo sofisticadas y adaptadas a la contemporaneidad.

Por un lado, el policía representa al Leviatán de Hobbes, frío e incontestable, al que hay que temer, heredero del concepto del Estado Absolutista (1992), cuya única motivación es la estabilidad nacional auspiciada por el control desmedido de la población, que es culpable o sospechoso de serlo de manera constante. Por otro, representa la banalidad del mal de Hannah Arendt (2003) y la obediencia a la autoridad de Stanley Milgram (2002).

Para Javert, el deber es la excusa de todo, y eso desprovee al funcionario de la responsabilidad de sus actos, de tener que reflexionar sobre la idea de la justicia, de cuestionar sus propias acciones en un orden moral. Él solo es una pieza más de una maquinaria cuyo propósito no es necesario comprender, sino acatar. El pecado de la sociedad reside, precisamente, en no someterse a la voluntad del Estado, que tiene que valerse de agentes como Javert para garantizar la estabilidad por medio de la ley. No se trata de un servicio al pueblo, sino de su contención. Poco importa si una persona hace bien a su comunidad. Si ha errado, es culpable, una amenaza constante, por lo que debe ser identificado, controlado, excluido de la sociedad y perseguido si es necesario.

En la disputa entre Javert y Valjean es donde se comprende el sentido mismo de la redención y del camino a la iluminación. Mientras que Valjean, partien-

do del odio a la sociedad que considera culpable de todos sus males, reflexiona sobre su propia existencia y responsabilidad personal, hasta alcanzar la iluminación y la redención en un sentido moral, Javert no recorre ningún tipo de camino interior. El uno es un ser de la razón, representante de un pensamiento ilustrado, del espíritu de las nuevas sociedades, que con la fuerza del trabajo y una inquebrantable moral posibilita una nueva Francia. El otro es un ser mecánico e irreflexivo, estatista, un eslabón de una cadena que oprime al pueblo perpetuando la injusticia por medio de la ley y en aras de la estabilidad del sistema. Uno es un ser de luz y el otro de oscuridad, el uno sirve al pueblo y el otro lo atemoriza, el uno significa progreso, cambio; el otro estancamiento, decadencia y muerte.

En definitiva, en este conflicto, ambos dos representan un pasado que debe dejarse atrás, permitiendo a las nuevas generaciones progresar, representadas por Cosette y Marius Pontmercy. Pero el triunfo de uno significará el cambio, el camino hacia una auténtica reforma constitucionalista, con un verdadero propósito libertario y social; el del otro, la perpetuación de la dominación por medio de la ley, justificada por una Constitución que no logrará transitar a la democracia, sino que perpetuará los privilegios y las desigualdades sociales. De hecho, hay un momento de la novela donde se evidencia la hipocresía de los sistemas transitorios que se perpetúan en la indefinición moral y social. Esto sucede cuando el Sr. Magdalena se revela como Jean Valjean, para demostrar la inocencia de un condenado al que han tomado por él. Es en ese momento, cuando el tribunal insiste en desestimar la autoinculpación del ilustre Magdalena, obstinándose en culpar, sin razón alguna, a quien solo es sospecho de serlo por su propio “aspecto”, por la miseria que ostenta, por pertenecer a las clases bajas. Es aquí cuando se revela la hipocresía de las sociedades autoritarias que se apoyan en una carta constitucional.

En definitiva, *Los miserables* vaticinan desde un origen los problemas de las naciones que en la contemporaneidad apenas han ajustado sus Constituciones con el propósito de mantener los privilegios de unas clases sobre otras. Retrata cómo, de esta manera, los valores democráticos quedan en entredicho cuando quienes se asientan en las instituciones o se amparan en las mismas, no tienen un verdadero propósito moral que pueda vehicularse por medio de la justicia y los cuerpos de seguridad del Estado. Ese era el dilema de la Francia postnapoleónica, que finalmente logró superar en 1948, al menos hasta llegados al auge de las sociedades de consumo, que de nuevo han vuelto a retrotraer el contrato social a tiempos pasados. Y ese es el dilema de otros países que, con una tradición democrática menos extensa que la de los galos y otros países democráticos,

se encuentran de manera estacionaria en gobiernos de transición tratando de perpetuar de manera ilegítima la tiranía de unos pocos.

Por estas razones la novela es tan actual. Y, sin embargo, también logra conectar de manera magistral con el heroísmo y las disputas de los héroes anteriormente estudiados. El motivo no es otro que la búsqueda de libertad y cómo esta conecta con la dignidad de las personas. El relato de Víctor Hugo es relevante no solo por el sentido personalista impreso en su texto, sino por identificar, de modo certero, la amenaza de las formas de autoritarismo que se justifican por medio de la ley, algo que ha prosperado en las sociedades de consumo y en los regímenes de toda índole. Avisa, por tanto, que conceptos como la democracia, cuando no se sustentan con hechos, no son más que palabras, que sirven de escaparate para ocultar la trastienda donde habita la tiranía. Revela cómo para sustentar una creencia, cuando esta no puede valerse de la realidad social, lo hace mediante la imposición de la ley, sin un verdadero ánimo de servicio al pueblo, sino de control y sospecha.

5. CONCLUSIONES

Una de las primeras impresiones que surgen con el estudio de héroes cuya representación responde a una realidad histórica y social, como es el caso de los referentes que se han estudiado en este capítulo, es que las cuestiones sobre las que trata el personalismo son universales y atemporales. Por mucho que los asuntos personalistas ocupen una buena parte de los estudios cinematográficos y narrativos contemporáneos, la cuestión de la dignidad de la existencia ha preocupado a la humanidad desde antiguo, tal como demuestra la historia y la mitología.

Lo mismo sucede cuando nos referimos al concepto de libertad, directamente relacionado con el personalismo, que se ha tratado de alcanzar desde momentos tempranos de la historia mediante distintas formas de autoorganización.

La responsabilidad contemporánea hacia el propósito democrático que nuestros ancestros han logrado desarrollar hasta nuestros días, nos obliga a hacernos cargo y a continuar su labor allí donde la dejaron. Los tres héroes aquí retratados vivieron momentos de la historia marcados por un pasado tiránico, no conocían nada mejor y, sin embargo, se atrevieron a forjar una nueva realidad con valor, audacia y buena voluntad —eso es más de lo que nosotros podemos decir—. Eso significa que una de las cuestiones que debemos asumir es que un escepticismo extremo asentado en una actitud nihilista no conduce a nada más que a la inacción; y que sin la voluntad de recorrer el camino hacia un lugar

mejor, no puede haber heroísmo. Este aspecto es clave y demuestra la relación entre el heroísmo y la democracia. Del mismo modo que no puede haber héroe sin *monomito*, no puede haber democracia sin acción. Y, del mismo modo que el héroe se dignifica conforme recorre su camino, la existencia de la persona lo hace conforme toma mayor consciencia de sí misma y asume la responsabilidad de vivir para los demás. La tiranía, tal como demuestran los héroes aquí retratados, procurará arrebatar, en la medida de lo posible, la capacidad de decidir y de forjar lazos comunitarios, cercenando la posibilidad de una vida digna para la mayoría. Ha sido así a lo largo de la historia y parece serlo también ahora desde una perspectiva global, con el auge de las sociedades de consumo y los regímenes estatistas.

La heroicidad aquí retratada se basa en momentos claves de la historia donde la sociedad se ha movilizadado en aras de una sociedad mejor. En todos los casos los retos que enfrentaban tanto los héroes como el pueblo que se aglutinaba con ellos, parecían inconmensurables: la poderosa Persia frente a una ciudad, la Casa de los Habsburgo frente a los pobladores de tres humildes valles, el ciudadano frente al Leviatán de Hobbes francés. Y, sin embargo, terminaron por vencer. No son solo mitos, sino que sus ejemplos cuentan con un sustrato histórico real que dispuso de la voluntad del pueblo. No hay un acto mágico de orden sagrado que defina al héroe como el elegido para conducir al pueblo a la victoria. Al contrario, lo que hay, como en el ejemplo de Temístocles, en el juramento confederal suizo y en la insurrección de junio de 1832 en París, es libertad y autoorganización, lo que nos lleva de nuevo a la cuestión de la democracia y lo que esto tiene que ver con el personalismo.

En cualquier caso, cabe reiterar que todo propósito en torno a la idea de libertad se basa en la búsqueda de la dignidad de la persona. No se trata de sustentar un reino, de la estabilidad del Estado o de un orden social, sino del derecho a una vida digna. En los tres relatos aquí estudiados, lo que destaca por encima de toda consideración es la integridad física y moral de las personas. Temístocles decidió no defender las propiedades abandonadas en la ciudad-estado porque era más importante la libertad de su pueblo. Guillermo Tell y los héroes que se levantaron contra los Habsburgo no lo hicieron solo por la injusta recaudación de la Casa de Austria, sino obligados por los abusos personales de sus agentes. Y Valjean sacrifica su posición social y la fuente de su riqueza para salvar a un desconocido, dignificando de este modo la existencia de ambos, más allá de cualquier consideración material.

En cualquier caso, es necesario señalar que asegurar el sustento de la sociedad incide directamente en la dignidad de la existencia. Eso significa que, como

le sucede a Valjean, cuando uno no puede alimentar a su propia familia puede verse arrastrado a una vida miserable.

Una vez dicho esto, queda claro que los retos contemporáneos en torno a la idea de libertad se han sofisticado, pareciendo distintos a los de los helenos, los suizos y los franceses. Sin embargo, en esencia nos encontramos ante el mismo problema: el poder concentrado en las manos de aquellos que ostentan el poder y que ven una amenaza en cualquier forma de autoorganización que se base en una idea de libertad, como pueda ser la democracia. Las nuevas jerarquías sociales se nutren de sus poblaciones, como la hacían los descendientes de las aristocracias atenienses que, con el paso del tiempo, la corrupción y el apoyo bélico de persas y espartanos, finalmente lograron restaurar la tiranía. No parece que, en la actualidad, las sociedades de consumo sean tan diferentes en este aspecto a la realidad de Temístocles. Es aquí donde la narrativa personalista cobra especial relevancia. El personalismo, que se ocupa principalmente de la cuestión de la dignidad de la persona, puede servir de modelo para la consecución de un mundo mejor, como lo continúan haciendo los héroes aquí retratados, tanto desde el mito como de la historia a la que refieren.

Para concluir, me gustaría recalcar la necesidad de mirar a nuestro pasado con una mirada humilde. Eso no significa aceptar aquello que pueda significar un atraso en nuestras sociedades, sino aquello que pueda ser útil para una existencia más justa e igualitaria. Comprender que nuestros problemas no están tan alejados de los de aquellas poblaciones que trataron de llevar algo de libertad y de dignidad a sus vidas, es una buena manera de entender los caminos que podemos emprender para luchar contra la tiranía. Y, sobre todo, nos permite tomar consciencia de que *todo acto heroico es un acto de libertad*. Esto significa comprender que no puede haber democracia si la sociedad no es copartícipe y responsable de toda toma de decisión, que esa es la diferencia entre un ciudadano como Valjean y otro como Javert, entre una actitud auténticamente democrática y otra estatista. El héroe decide, actúa y se hace responsable: el demócrata también. Si una sociedad no garantiza la participación política de sus ciudadanos, entonces, ni los ciudadanos pueden hacerse responsables ni la sociedad es democrática. Y, sin democracia, no hay dignidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Borge, I. (2013). *Comunidades locales y poderes feudales en la Edad Media*. Logroño: Universidad de la Rioja, Servicio de Publicaciones.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Lumen.

- Armstrong, K. (2005). *Breve historia del mito*. Madrid: Salamandra.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Capra, F. (1997). *The Name above the Title: an Autobiography*. New York: Da Capro Press.
- Diodoro, 2001. *Biblioteca histórica, libros I-III*. Madrid: Editorial Gredos.
- Esquilo, (472 a. C) *Los persas*.
- Esquilo y Rodríguez Adrados, F. (2010). *Agamenón*. Barcelona: Gredos.
- Foucault, M. (2004). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- François Saint-Ouen. (2005). *Suiza: Un ejemplo federalista de descentralización territorial. El modelo federal suizo*. Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico.
- Gil González, F. (2020). *Viriato: historia, historiografía y leyenda de un jefe lusitano*. Salamanca: Editorial Amarante.
- Gorlée, D. L. (1987). El cazador cazado: intertextualidad en los Guillermo Tell de Alfonso Sastre. *Epos: Revista de filología*, 3. 181-196.
- Hobbes, T. (1992). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Hugo, V. (2015). *Los miserables*. Barcelona: Penguin Clásicos.
- Jaspers, K. (1980). *Origen y meta de la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Le Goff, J. (1970). *La civilización del Occidente medieval*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Milgram, S. (2002). *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Miller, F. (2019). *Xerxes: La caída de la Casa de Darío y el ascenso de Alejandro*. Barcelona: NORMA Editorial.
- Muñiz Coello, J. (2000). Los miembros de la asamblea celta. Notas para su estudio. *IBERIA Revista de la Antigüedad*, 3. 225-242. Publicaciones Universidad de la Rioja.
- Noam, M. (2014). *300: El origen de un imperio*. Legendary Pictures, The Stone Quarry y Virtual Studios.
- Peris Cancio, J. A. y Sanmartín, J. (2017). *Principios personalistas en la filmografía de Frank Capra*. Valencia: Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir: Servicio de Publicaciones.
- Plutarco, (2009). *Vidas paralelas Teseo, Rómulo, Licurgo, Numa, Solón, Públicola, Temístocles, Camilo*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Snyder, Z. (2007). *300*. Warner Bros. Pictures.
- Tocqueville, A. (2018). *El Antiguo Régimen y la Revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tschudi, (1734). *Chronicon Helvetium*.
- Von Schiller, F. (2015). *Guillermo Tell*. Tecnibook Ediciones.